

## CAPÍTULO VII

Sucesos de la guerra desde mayo hasta diciembre de 1817. — Sitio y toma por los realistas del fuerte de Palmillas en la provincia de Veracruz (julio de 1817). — Son fusilados los prisioneros independientes. — Devastadoras correrías de las tropas de Hevia en la *Tierra caliente*. — Muerte del guerrillero Vergara. — Los indios insurgentes del Coyusquihui ó Coxquihui. — Ferocidad de los jefes realistas Barragán, Filisola y otros en la provincia de Michoacán. — Don Ignacio López Rayón es aprehendido de orden de la junta de Jaujilla por el general Bravo (9 de febrero de 1817) — Es confinado en seguida á la estancia de Patambo. — Don Nicolás Bravo ocupa el cerro de Cóporo (julio de 1817). — Lo ataca el coronel realista don Ignacio Mora y es rechazado con grandes pérdidas (1.º de setiembre). — Nuevo ataque dirigido por el coronel Barradas, que es también rechazado. — Toma Márquez Donayo el mando de las tropas sitiadoras. — Muerte del patriota don Benedicto López. — Asalto ordenado por Márquez Donayo (1.º de diciembre). — Huida de los defensores y aprehensión de casi todos. — Bravo logra salvarse y se dirige á Huetamo. — Guerrero en el Sur, durante el segundo semestre de 1817. — Combate y toma de Alahuistlán por los realistas (17 de octubre). — Dispone Apodaca la aprehensión de Berdusco y don Ignacio López Rayón. — Son sorprendidos y presos estos dos caudillos (10 y 11 de diciembre de 1817). — Cae también prisionero don Nicolás Bravo (22 de diciembre). — Son conducidos los presos á Cuernavaca y entregados al comandante militar en esa villa (enero de 1818). — Emprénde el coronel Aguirre el sitio de Jaujilla. — Los miembros de la Junta de gobierno allí residentes salen del fuerte y se establecen en la *ranchería* de Zárate, al sur de Valladolid (fines de diciembre de 1817). — Ruidosa desavenencia entre Cruz y la audiencia de Guadalajara (mayo de 1817). — El primero destierra á dos oidores y manda aprehender á otros dos. — Exposición que con este motivo dirige la Audiencia á Fernando VII. — Curiosas revelaciones contenidas en ese documento. — Término de este enojoso asunto. — Afirmación del historiador Bustamante. — Sucesos militares en la Huasteca y Llanos de Apam en los últimos meses de 1817. — Muerte del guerrillero Avila. — El realista Casasola persigue á las partidas independientes de la serranía de Ajusco. — Muerte de Pedro el Negro. — Continuación del sitio que puso Liñán al fuerte de los Remedios. — Asalto infructuoso de los realistas (16 de noviembre de 1817). — Pérdidas considerables que sufren. — Agótanse las municiones de los sitiados. — Desesperado ataque dirigido por éstos (28 de diciembre). — Son rechazados con grandes pérdidas. — Situación angustiosa de los sitiados por falta de municiones. — Deciden evacuar el fuerte. — Salen durante la noche del 1.º de enero de 1818. — Son atacados vigorosamente por los sitiadores. — Estos incendian las barracas del fuerte y mueren quemados los heridos de los independientes. — Horrible matanza hecha por los realistas durante la noche del 1.º y la mañana del 2 de enero (1818). — Torres logra escapar. — Muerte de Crocker, Hennessey, Cruz Arroyo, don Manuel Muñiz y coronel don Diego Noboa. — Don Anastasio Bustamante persigue con la caballería á los fugitivos en el llano. — Premios concedidos á los vencedores. — Bustamante es ascendido á coronel. — Orrantía, caballero de la orden de San Fernando. — Distintivo concedido á todos los individuos de la división que redujo los fuertes del Sombrero y los Remedios. — Distribución de las tropas realistas que formaron la división de Liñán.

La relación continuada de todos los sucesos á que dió origen la campaña del malogrado Mina, nos obligó á interrumpir, con el capítulo IV del presente y último libro, la de los acontecimientos notables de la guerra en otras comarcas del vireinato desde marzo hasta diciembre de 1817. Tiempo es ya de que reanudemos la serie de esos hechos, á partir desde el primero de los meses que acabamos de nombrar.

Hemos dicho en el lugar correspondiente <sup>1</sup> que uno de los Coutos (don Ignacio), rechazado en Orizaba por el coronel de Extremadura don José Ruiz, jefe de la guarnición de esa villa, en los primeros meses de 1817, se retiró al fuerte de Palmillas, situado en el centro de la provincia veracruzana, no muy distante de Huatusco. Consistía aquella posición en un gran peñasco circundado de barrancas inaccesibles, sobre el cual se elevaban gruesos parapetos defendidos por siete cañones. Comunicábase con el campo vecino solamente por una calzada de ciento setenta y cuatro varas de longitud, y cuya

Capítulo IV, lib. III.

anchura se iba estrechando gradualmente hasta no tener más que tres varas, en cuyo punto abrieron los defensores tres fosos y levantaron otras tantas estacadas. Los independientes, desalojados del Chiquihuite en los últimos días de febrero, se replegaron á Palmillas, aumentando el número de sus sostenedores y empeñando á los realistas en la empresa de reducir esa importante posición.

El gobierno vireinal atendió, en efecto, á destruir ese foco de la revolución, tanto más peligroso cuanto que amenazaba á la importante carretera entre Veracruz y las villas de Córdoba y Orizaba, y ordenó al coronel Hevia que sitiase á Palmillas. Este jefe consideró indispensable su permanencia en Córdoba, pero á fin de cumplir el mandato que había recibido, organizó una fuerza competente, y la puso bajo la dirección del coronel don José Santa Marina. Llegó éste con sus tropas ante Palmillas el 19 de junio de 1817, y durante varios días se ocupó en establecer contratrincheras sobre los bordes de las barrancas que ceñían al fuerte por todo

viento. El día 30 rompieron sus fuegos las piezas de artillería realista y mantuvieron un vigoroso cañoneo durante casi todo el mes de julio, logrando Santa Marina ocupar parte de la calzada que llegaba hasta el fuerte y abrir profundas brechas en los parapetos que coronaban el alto peñasco. El 28 de este último mes hallábanse de tal modo avanzados los trabajos de los sitiadores que el asalto debía efectuarse de un momento á otro. Durante la noche, los defensores resolvieron evacuar la posición, y descolgarse con cuerdas por uno de los precipicios que rodean al fuerte; cinco hombres y tres mujeres, los primeros que se aventuraron en esta formidable evasión, cayeron y murieron en el profundo voladero; los demás, hasta el número de setenta y cinco, contándose entre ellos el mismo Couto, pudieron llegar bien al sitio elegido para marchar en retirada, pero cayeron todos en manos de los sitiadores, que habían reforzado considerablemente aquella parte de la línea temerosos de que por allí se evadiesen sus contrarios. Triste fué la suerte de los prisioneros, quienes, después de sufrir por tres días los rigores de la intemperie, marchando al sol y al agua, recibieron la muerte, unos en Huatusco, y otros en Orizaba. Su jefe, el teniente coronel Couto, fué trasladado á Puebla, donde se le encerró en la cárcel del obispado. Había llegado á esa ciudad la orden para que fuese pasado por las armas, cuando el prisionero logró evadirse y fué ocultado en uno de los sepulcros de la iglesia de la Compañía por el licenciado don José Manuel de Herrera, quien después de indultado servía una cátedra en el colegio del Espíritu Santo, como hemos dicho en su lugar <sup>1</sup>. Algunos meses después obtuvo Couto que se le concediese indulto, y la misma gracia alcanzó su hermano don José Antonio.

Allanada la posición de Palmillas dispuso Hevia que dos secciones marchasen en busca de Victoria, cuyo paradero se ignoraba, pero á quien temían sobremanera los realistas por su incansable actividad y el dominio que había logrado ejercer entre los habitantes de las tierras cercanas á la costa. Las sendas divisiones, una al mando del teniente coronel Ramos y la otra á las órdenes de Travesí, asolaron las comarcas que fueron sucesivamente recorriendo; los restos de las guerrillas de Victoria al mando del gallego Garay, combatieron varias veces con los dos jefes que acabamos de nombrar, y entraron un día en Huatusco vengando en las propiedades de sus habitantes los estragos y devastaciones que aquéllos cometían en los pueblos que creían adictos á la causa de la revolución. En cuanto á Victoria, fugitivo por bosques y despoblados, llegó á desaparecer por entonces de la escena, y la noticia de su muerte era consignada con frecuencia en los partes de los jefes realistas. Volvió á tomar las armas el comandante Vergara, que se

había acogido al indulto en los primeros días de aquel año (1817), y en el resto de él hizo fructuosas correrías por el rumbo de la Antigua, empeñando frecuentes combates con el teniente coronel don José Rincón, hasta que sucumbió á manos de uno de sus compañeros llamado Rafael Pozos, quien se presentó á Rincón solicitando el indulto.

Al norte de la provincia (Veracruz) seguían en armas los indios de Coyusquihui, montuosa región de ciento sesenta leguas cuadradas y que confina al este con el Golfo de México y por el occidente con la sierra de Mexitlán, extendiéndose de norte á sur desde el río de San Pedro y San Pablo hasta el de Nautla, los cuales forman en su desembocadura barras de poco fondo que sólo permiten el acceso de buques pequeños. El suelo feraz de esta comarca produce ricos frutos: la vainilla, la caña de azúcar, el maíz, el frijol, y en sus bosques abunda la caza; tres ó cuatro mil indios esparcidos entonces por montes y quebradas y comandados por Serafín Olarte mantenían desde 1813 el fuego de la revolución, logrando afrontar sucesivamente á siete expediciones enviadas en su contra. En el curso de 1817 algunas de éstas, dirigidas por Llorente y Arteaga, fueron derrotadas por completo.

En la provincia de Michoacán la muerte del valiente patriota don Víctor Rosales debilitó en gran manera la acción de las guerrillas independientes que le reconocían por jefe. Los comandantes realistas Barragán y Béistegui ensangrentaron los pueblos de aquella región que tantos defensores dió á la libertad mexicana y dejaban á su paso la desolación y el exterminio. El primero de éstos persiguió tenazmente las partidas de Huerta que operaban en el rumbo de Pátzcuaro, y fusilaba á cuantos prisioneros caían en sus manos, castigando con doscientos azotes á los que se le denunciaba como partidarios ó simplemente afectos á la revolución. Este jefe cruel y sanguinario no tardó en ver recompensados sus trabajos militares con el grado de teniente coronel, y el virey lo recomendó al gobierno de la metrópoli para que se le concediese la cruz de Isabel la Católica. Por Jorullo expedicionaba el teniente Moctezuma y espantaba con sus atrocidades á los pueblos todos de la comarca; y el capitán Filisola, italiano de nacimiento y que ejercía las funciones de comandante de Maravatío, mandaba pasar por las armas á todos los insurgentes que aprehendían las tropas de su mando.

En el capítulo IV hemos dicho que el general don Ignacio López Rayón, al saber la capitulación de su hermano en Cópore, había publicado una proclama afeando la conducta de éste y de los que suscribieron aquel convenio, forzados por la extrema necesidad de víveres y sin esperanza de recibir ningún auxilio. Esta protesta y su renuencia á reconocer la autoridad de la junta establecida en Jaujilla crearon una situación difícilísima para el gene-

<sup>1</sup> BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo IV, págs. 33 á 35. — Alamán sigue la relación de Bustamante. (Véase también cap. II, lib. III de nuestra *Historia*).

ral Rayón, quien, al frente de unos cuantos soldados fieles, se vió obligado á internarse al sur de Michoacán, presumiendo fundadamente que no tardaría en ser perseguido, á la vez, por los realistas y por los jefes independientes que obedecían al gobierno asentado en Jaujilla. En el pueblo de Purungueo se le presentó su esposa con sus hijos, trayéndole un ejemplar de la capitulación de Cópore en la que se hallaba un artículo que concedía á todos los Rayones el derecho de ser considerados como comprendidos en ella. El general no cedió á los ruegos de su compañera, y decidido á no invocar á su favor las estipulaciones de un convenio que acababa él mismo de condenar tan acerbamente, siguió marchando hacia el sur, hasta llegar al pueblo de Zacapuato, no sin sufrir antes los ataques de alguna de las guerrillas de Muñiz, quien no se había acogido aún al indulto. En ese lugar fué sorprendido por el general don Nicolás Bravo el 9 de febrero (1817), quien, cumpliendo las órdenes que había recibido de la junta de Jaujilla, desarmó á los cien hombres que le acompañaban y le declaró prisionero del gobierno.

Conviniéron, sin embargo, ambos jefes en que la junta actual no sería la que juzgase á Rayón, sino otra que fuese nombrada por los comandantes de las armas, guardándosele entretanto toda consideración y proveyéndole de todo lo que necesitase para su seguridad y subsistencia. Trasladóse al antiguo presidente de la junta de Zitácuaro, á su hermano don José María y á la familia del primero á la estancia de Patambo, donde quedaron custodiados por el coronel don Manuel de Elizalde y por don Pedro Villaseñor, miembro de la junta de Jaujilla, la cual lo comisionó para vigilarlo estrechamente <sup>1</sup>. El amor filial ha obligado á decir á uno de los descendientes de este caudillo, en la biografía de su padre escrita en 1856, que en Patambo sufrió inocentemente las persecuciones de los suyos. Sin negar á Rayón los relevantes méritos que alcanzó y que aseguran á su memoria el respeto y la veneración del pueblo mexicano, justo es decir que su inflexible carácter y la inexcusable ambición de mando, de la cual dió pruebas reiteradas, hicieron grave daño á la marcha de la revolución. En la época á que hemos llegado en el curso de nuestra obra, la junta de Jaujilla era el único centro de autoridad que obedecían los jefes más notables de la independencia, y su desconocimiento equivalía á precipitar el término de la guerra, malogrando los inmensos sacrificios impendidos por los patriotas desde 1810. Deber ineludible de los hombres que formaban aquel gobierno fué reprimir, ó como lo hicieron, nulificar al antiguo caudillo que conspiraba contra su autoridad, combatida á fuego y sangre por los dominadores, débilmente acatada por muchos de los comandantes de la independencia, y sostenida por el valor y la abnegación

de los que anhelaban conservar el levantamiento del pueblo mexicano contra sus antiguos dominadores.

Dejemos á Rayón en el lugar que se le señaló por la junta y en el cual había de ser aprehendido algunos meses más tarde por las tropas realistas, y sigamos ahora al magnánimo don Nicolás Bravo, quien, siempre esforzado y animoso, no desmayaba ante el general desaliento de sus compañeros de armas.

Unido con el antiguo patriota don Benedicto López sostuvo durante los meses de mayo y junio de 1817 recios y frecuentes combates con el enemigo en la región oriental de Michoacán. López logró derrotar varias veces al mayor don Pío María Ruíz, encargado de perseguirle, y en una de ellas, el 13 de junio, destruyó á gran parte de la sección realista mandada por aquel jefe. Limpia de enemigos una considerable porción de esa zona, pudo Bravo ocupar el cerro de Cópore, famoso por la defensa sostenida allí por los Rayones, y dedicóse con ardor á reparar las antiguas fortificaciones destruidas por el coronel Aguirre cuando se hizo dueño de ellas á principios del año. Desde allí enviaba diversas partidas que hostilizasen á Maravatío y otras poblaciones de la provincia, y una de ellas, al mando de don Juan Pablo Anaya, fué destrizada por el regimiento realista Fijo de México.

Pudo Bravo atender con algún desahogo á fortificarse en Cópore, porque los triunfos alcanzados por Mina en la misma época y la aparición de este temible guerrero en el *Bajío*, ocupaban toda la actividad del gobierno vireinal. No obstante esta preferente atención, Apodaca veía con justo temor la permanencia de Bravo en las posiciones que tanto quehacer dieron en épocas recientes á las armas del rey, y haciendo grandes esfuerzos organizó una expedición destinada á desalojarlo. Hacia los últimos días de agosto, y en tanto que el ejército de Liñán marchaba contra el fuerte de los Remedios, después de reducir el del Sombrero, una gruesa sección, al mando del coronel don Ignacio Mora y compuesta del batallón de Santo Domingo, regimiento Fijo de México y un escuadrón, avanzó desde Ixtlahuaca y el 1.º de setiembre (1817) se presentó á la vista de Cópore. «Era Mora nuevo en el oficio de la guerra, dice Alamán, y con pocos conocimientos y mucha temeridad; hizo asaltar las fortificaciones, en gran parte ya reparadas, formando con este fin una columna de las compañías de preferencia del Fijo y del Santo Domingo á las órdenes de Filisola y del teniente don Félix Merino. El ataque se efectuó el mismo 1.º de setiembre con tan funesto resultado que fué preciso desistir del intento, habiendo perdido cinco oficiales y cien soldados <sup>1</sup>.»

Mora fué relevado del mando en castigo de su impericia, y hubo de entregarlo al coronel Barradas, que fué enviado por el gobierno al frente del batallón ligero de San Luis con una considerable cantidad de municiones y

<sup>1</sup> Declaraciones de Rayón. (Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos, tomo VI, pág. 984).

<sup>1</sup> ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo IV, pág. 652.

pertrechos. El nuevo jefe, empero, no fué más afortunado que el antiguo: empeñado también en apoderarse de las fortificaciones á viva fuerza, emprendió el asalto por una vereda desconocida, pero advertidos á tiempo los defensores hicieron vivísimo fuego y rechazaron las columnas enemigas, que se retiraron precipitadamente dejando á muchos de los suyos tendidos en el campo. Barradas, al comunicar este descalabro, pedía refuerzos al gobierno vireinal, el cual envió, en efecto, y sucesivamente, al batallón de Lovera, á una parte del regimiento de Ordenes Militares y á doscientos caballos con gruesa artillería, pero avisaba á Barradas que el mando en jefe de la expedición se había conferido al coronel Márquez Donayo.

Este valiente militar, á quien hemos visto batallar sin descanso en las provincias de Oriente y que con más servicios que otros jefes realistas no había sido premiado en proporción á sus merecimientos, llegó al campo frente á Cópore en la segunda quincena de noviembre y desde luego estableció con las ya numerosas tropas sitiadoras un estrecho cordón militar que impidió toda comunicación de los independientes con el exterior. Los víveres empezaron á faltar, y al cabo de pocos días el hambre se hizo sentir con grande intensidad en el interior de las fortificaciones. «Mis sitiadores, dice el mismo Bravo, abundaban de todo, cuando yo de todo carecía: el perro muerto y el caballo fueron el plato más regalado con que muchos días satisface el hambre, pasando algunos sin alimentarme.» Abrigaba este valiente caudillo la esperanza de que don Benedicto López intentaría llevar provisiones al fuerte, y en efecto, el antiguo y probado patriota, conduciendo un gran convoy, hizo desesperados esfuerzos para romper la línea sitiadora (29 de noviembre), pero él mismo con todo el cargamento que llevaba cayó en poder de los realistas, y fué pasado por las armas legando su nombre y su honroso recuerdo á la historia.

Penoso es consignar, á la par de estos heroicos sacrificios por la libertad de la patria, la misión que ejerció don Ramón Rayón al lado de Márquez Donayo, guiándole é indicándole los puntos vulnerables de aquellas posiciones que él conocía tanto. Así, lejos de persistir en el honroso retraimiento á que se redujo después de la capitulación que ajustó con Aguirre al principiar el año de 1817 <sup>1</sup>, aceptó la ingrata tarea de auxiliar á los realistas con sus consejos y experiencia concurriendo eficazmente al allanamiento del fuerte á que estaba vinculado su nombre. Rayón destruyó entonces los merecimientos que antes había alcanzado y que le hubieran hecho acreedor al respeto de la prosperidad; y por eso le negó la patria, en los días del triunfo y de

las justas recompensas, el título de benemérito para concederlo solamente á los que no contemporizaron con los dominadores.

La derrota de López y el gran número de los sitiadores, así como el cuantioso material de guerra aglomerado por el gobierno, apresuraron el vencimiento de los que sostenían á Cópore. Márquez Donayo había avanzado sus obras hasta tiro de pistola de los parapetos, y la batería que llamó de *San Juan* rompió el 1.º de diciembre un fuego incesante contra la puerta principal del fuerte, abriendo á poco una brecha capaz de dar entrada á los asaltantes. Al caer la tarde, las compañías de granaderos de Lovera y Ordenes Militares, mandadas por Márquez Donayo en persona, se arrojaron intrépidamente al asalto, llenando antes los fosos con haces de paja. Los sitiados, por su parte, extenuados por el hambre é impotentes para resistir tan briosa acometida, buscaron su salvación descolgándose por un voladero llamado las *Cuevas de Pastrana*, á cuyo pie se hallaba apostado de antemano el coronel Barradas. De este modo cayeron prisioneros doscientos setenta y siete independientes con muchas mujeres y niños, habiendo muerto muchos otros en el precipicio en que se arrojaron <sup>1</sup>. También Bravo sufrió peligrosa y fuerte caída, pero pudo ocultarse entre las peñas del barranco y de allí marchó á pie y sin probar alimentos por espacio de treinta leguas hasta llegar al *rancho* del Atascadero, donde le dieron un caballo para que continuase su viaje á Huetamo, punto por él elegido para reunir los dispersos y organizar de nuevo una sección de tropas. Los prisioneros tomados en la barranca de Pastrana fueron puestos en libertad por disposición de Apodaca; y á todos los individuos del ejército sitiador les fué concedido un distintivo honorífico, recomendando el virey al gobierno de la monarquía el comportamiento de Márquez Donayo, para quien se pidió el grado de brigadier.

Guerrero seguía combatiendo en el sur de la provincia de México con varia fortuna, pero siempre con la misma serena intrepidez y con inquebrantable constancia. Después de asegurar á la junta de Jaujilla que en breve extendería sus operaciones militares por la dilatada región del Sur (20 de junio de 1817) <sup>2</sup>, se fortificó entre Politla y Ajuchitlán para esperar á Armijo que avanzaba á atacarle, pero que retrocedió hasta Teloloápam al saber que el general independiente ocupaba una posición inexpugnable. Libre por entonces de este amago, Guerrero marchó rápidamente hacia el Oriente con el intento de sorprender en Huetamo al comandante don Pío María Ruiz, jefe militar de Zitácuaro, que había avanzado hasta aquella población, situada no lejos del río de las Balsas. Pero Ruiz volvió á sus acantonamientos, y Guerrero retrogradó, á su vez, hasta sus antiguas posiciones de Politla.

<sup>1</sup> Capítulo IV, lib. III. — En el lugar correspondiente hemos defendido á Rayón de las maliciosas afirmaciones de Alamán, porque, en efecto, su conducta en la defensa y capitulación de Cópore á principios de 1817 y la que observó inmediatamente después de estos sucesos fué digna y honrosa. Pero no debíamos callar la que siguió al fin de aquel mismo año, con la que destruyó sus antiguos y notables servicios á favor de la independencia.

<sup>1</sup> Parte oficial de Márquez Donayo publicado en la *Gaceta* de 4 de diciembre de 1817.

<sup>2</sup> Capítulo IV, lib. III.

Sus oficiales subalternos Montesdeoca y Mongoy combatían, entretanto, en la zona de la costa sin dejar momento de reposo á los capitanes don José Joaquín de Herrera y don José Aguilera, quienes, en combinación con los tenientes coroneles Marrón y Gómez Pedraza, y todos á las órdenes de Armijo, estaban repartidos con sus secciones respectivas en las ardientes tierras que caen al sur del Mexcala. Otras partidas independientes, mandadas por Izquierdo y don Pablo Ocampo, se hicieron fuertes en la iglesia de Alahuistlán y en el cerro del Calvario, próximo á este pueblo, en cuya cima colocaron un cañón y levantaron gruesos parapetos. Una sección de tropas realistas, al mando de Marrón y Gómez Pedraza, marchó á desalojarlos, y el 17 de octubre (1817) llegaron ambos jefes á la vista de Alahuistlán. En tanto que Marrón cubría con su caballería todos los caminos por los que pudieran retirarse los independientes, Gómez Pedraza atacó de frente las posiciones á la cabeza de una compañía de Fieles del Potosí y de un escuadrón de dragones de España; pero ya muy cerca de las trincheras cayó muerto el caballo que montaba y él mismo recibió una herida peligrosa <sup>1</sup>, que lo obligó á retirarse, dejando el mando al teniente coronel Cuilty. Éste continuó el ataque, y secundado con valor por el teniente Prieto, de los Fieles del Potosí, se hizo dueño sucesivamente de todas las fortificaciones de Alahuistlán. Sangriento y cruel fué el triunfo de los realistas, pues pasaron á cuchillo á los doscientos independientes que allí se hallaban, escapándose solamente de tan horrible matanza el jefe don Pablo Ocampo, quien huyó antes de que terminase el combate. «Túvose esta acción por una de las más distinguidas de la guerra, dice un historiador, y el virey concedió un escudo á todos los que concurrieron á ella; recomendó á la corte á Gómez Pedraza y á Cuilty para que se les diese la cruz de Isabel la Católica, y al sargento Pérez, que recibió una contusión en el ataque, le dió el ascenso de alférez.»

Combinaba por este tiempo el virey Apodaca los medios para apoderarse del doctor don José Sixto Berdusco, de quien se sabía que se hallaba en un lugar cercano al pueblo de Huetamo, en la provincia de Michoacán, después de haber permanecido oculto algunos meses en su antiguo curato de Tusantla <sup>2</sup>. También deseaba aprehender á don Ignacio López Rayón, cuyo confina-

<sup>1</sup> «Gómez Pedraza, dice Alamán, á quien se hizo la primera curación cerca de los parapetos enemigos, entre el fuego de éstos y de sus propios soldados, habiéndole extraído la bala el padre capellán fray José Colín, tuvo que dejar el mando de su sección y trasladarse á Cuernavaca para ser curado: su restablecimiento fué largo y difícil y produjo en sus ideas y opiniones un efecto notable: dedicado á la lectura de los libros que sus amigos le mandaban de México y de los papeles publicados por los insurgentes, varió enteramente de partido, y el que en Alahuistlán cayó herido realista, se levantó en Cuernavaca decidido á trabajar por la independencia luego que se presentase la ocasión.» (*Historia de México*, tomo IV, pág. 658). El autor que acabamos de citar añade, en una nota puesta al calce de esa página, que el mismo Gómez Pedraza se lo refirió así y con las mismas palabras.

<sup>2</sup> Capítulo XV, lib. II, pág. 486.

miento en la estancia de Patambo no fué por mucho tiempo ignorado del gobierno. Tratábase de preparar una sorpresa y no un ataque que pusiese en guardia anticipadamente á los dos antiguos patriotas, y en consecuencia, Apodaca se valió del capitán don José Antonio de la Cueva y del cura de Iccapixtla don José Felipe Salazar. El primero había militado en las filas independientes y luego tomó partido por los realistas, sin que este cambio le impidiese visitar con frecuencia los campamentos de aquéllos, á los que vendía víveres y no pocas veces armas y municiones. Y el segundo había sido cura en algunos pueblos de Michoacán, por lo que conocía mucho el rumbo en que iban á utilizarse sus siniestros servicios. Apodaca dió sus instrucciones á los dos agentes y comunicó la trama al coronel Armijo ordenándole que los auxiliase.

Dispuestas así las cosas, Cueva y Salazar salieron de México en los postreros días de noviembre (1817), y recogiendo en su marcha varios destacamentos llegaron á reunir hasta cien hombres de caballería, á los que disfrazaron de insurgentes, haciéndolos pasar, en los lugares del tránsito, por guerrilleros pertenecientes á la partida del comandante Vargas. Era necesaria esa estratagema y preciso fué desplegar grande astucia, porque los puntos en que residían Berdusco y Rayón estaban en el centro del territorio en que dominaban Guerrero y Bravo, habiéndose este último aparecido allí después de la derrota que sufrió en el cerro de Cópore. El 10 de diciembre los dos agentes de Apodaca se aproximaron al lugar llamado Purechicho donde se hallaba Berdusco, y poniéndose Cueva á la cabeza de cuarenta hombres logró sorprenderle y volvió con él á reunirse á Salazar que lo esperaba en la orilla del Mexcala en el paso llamado el Carrizal. Bravo, que, como hemos dicho, acababa de llegar á Huetamo fugitivo de Cópore, tuvo aviso de la aprehensión de Berdusco, y allegando algunos hombres salió precipitadamente en busca de los que la habían llevado á cabo, alcanzándoles en el río, pero cuando los realistas habían ganado ya la orilla opuesta, por lo que después de un corto tiroteo tuvo Bravo que suspender la persecución. Cueva y Salazar apresuraron entonces su marcha, y avanzando con treinta hombres solamente, cayeron de improviso en Patambo á las dos y cuarto de la mañana del 11. Circunvalada la casa de la hacienda fueron aprehendidos Rayón con toda su familia, los coroneles don Ignacio Martínez y don Joaquín Sevilla, don Manuel Alfonsín y don Pedro Vázquez, cura de Ajuchitlán. Rayón se presentó con la espada en la mano, pero comprendiendo que era inútil la resistencia, sólo pidió que se tratase con decoro á su familia <sup>1</sup>.

Pocas horas después de la aprehensión Cueva y Salazar pusieron en marcha, dejando en Patambo á don

<sup>1</sup> ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo IV, págs. 661 y 662. — En la *Biografía de Rayón*, escrita por un hijo de este caudillo, se adopta la relación de Alamán. (*Hombres ilustres mexicanos*, t. III págs. 579 y 580).

José Maíía Rayón, que estaba loco, y conduciendo á los demás presos; en Ajuchitlán se unieron con el resto de su tropa, que custodiaba á Berdusco, y se hicieron fuertes en la iglesia de ese pueblo porque Bravo había levantado hasta quinientos hombres en aquellas inmediaciones y se sabía que estaba resuelto á devolver la libertad á los aprehendidos. Pero Armijo, cumpliendo con las instrucciones del virey, había efectuado un movimiento en toda su línea hacia el poniente, y distribuido destacamentos en los puntos más oportunos para auxiliar á Salazar y á Cueva, y el 14 llegó á Ajuchitlán una sección de caballería realista, presentándose al día siguiente el mismo Armijo con numerosas tropas. «En esta vez, dice el biógrafo de Rayón, las órdenes de Armijo fueron que en el momento que los independientes rompiesen el fuego, los presos fuesen fusilados sin exceptuar á los niños y mujeres, siendo de notarse que Rayón llevaba cuatro hijos y el menor no cumplía aún siete años.»

Bravo desistió entonces de su intento y uniéndose con Guerrero en las inmediaciones de Ajuchitlán se replegaron ambos á San Miguel Amuco, quedando el segundo de estos generales al frente de las tropas, porque Bravo, enfermo de la peligrosa caída que sufrió al abandonar el fuerte de Cópore, se retiró al *ranchito* de los Dolores situado en un oculto paraje de la Sierra. Armijo avanzó con su división y los prisioneros, y Guerrero abandonó la posición de Amuco, porque el número de sus soldados era muy inferior al de los enemigos. Al ocuparla, supo el jefe realista que Bravo se hallaba enfermo y refugiado en la Sierra: sin perder un instante marchó velozmente hacia el *ranchito* de los Dolores, y al amanecer el 22 de diciembre llegó á este punto donde aprehendió, sin hallar resistencia, á don Nicolás Bravo, al padre Talavera, al coronel Vázquez y á otros de menos nota. De esta suerte, y con motivo del plan fraguado por Apodaca para apoderarse de Rayón y Berdusco, vió caer en manos de sus soldados al valiente y generoso Bravo, cuya prisión era para el gobierno la más importante de todas, y en el parte que Armijo dirigióle decía de este último caudillo que «era mandarín del mayor concepto entre los de su clase, y de influjo indecible en toda la *Tierra caliente* por su astucia, por su mal encaminada constancia, por su sagacidad, atrevimiento, antigüedad en su fatal causa y arbitrios de formar reuniones.» Apodaca premió á Cueva con el empleo de teniente coronel y al padre Salazar con una recomendación al arzobispo Fonte para que lo atendiese y avanzase en su carrera.

Armijo condujo todos los presos á Teloloápam, y de allí enviélos á Cuernavaca con fuerte escolta mandada por su hijo, que tenía el grado de capitán en el ejército real, el cual los entregó al comandante de esta villa á principios de enero de 1818.

Engreído Apodaca con tantas y tan repetidas ventajitas, ordenó al coronel don Matías Martín y Aguirre,

poco tiempo antes de efectuarse las prisiones de aquellos caudillos, que allanase las fortificaciones levantadas en Jaujilla y que servían de asilo á la junta del gobierno revolucionario. Ya en otro lugar hemos dicho cuál fué el origen de esta autoridad que ejerció el mando desde fines de febrero de 1816, y allí también hemos descrito ligeramente la posición que resguardaba al único centro directivo que tuvo entonces la revolución<sup>1</sup>. Obedecían sus órdenes las numerosas partidas independientes del *Bajío* y provincia de Michoacán, y entre sus actos administrativos debe mencionarse la solicitud que dirigió al cabildo de Valladolid para que nombrase vicarios foráneos y castrenses á propuesta de la misma junta, revestidos éstos de las facultades necesarias á fin de que ejerciesen la administración espiritual en todos los lugares ocupados por los independientes. Esto dió ocasión á largas comunicaciones entre el cabildo y la junta, y en una de las que ésta dirigió, escrita por el doctor don José de San Martín, se decía que los reyes españoles, bajo el título hipócrita del patronato, ejercían sobre la Iglesia en todos sus dominios una autoridad tan arbitraria como los reyes de Inglaterra sobre la anglicana después de separados de la comunión de Roma. Este curioso incidente terminó con la excitativa que el cabildo dirigió á los miembros de la junta para que se acogiesen al indulto<sup>2</sup>. Los vocales de esta corporación, en los últimos meses de 1817, eran don Ignacio Ayala, don Antonio Cumplido y el canónigo lectoral de Oaxaca, don José de San Martín, siendo secretarios, en el ramo civil don Francisco Lojero, y en el militar don Antonio Vallejo.

El coronel Aguirre, que ejercía las funciones de comandante general de Michoacán en reemplazo de don Antonio Linares, como lo hemos dicho en su lugar, se movió de Valladolid el 15 de diciembre (1817) y cinco días después llegó á la vista del fuerte de Jaujilla, uniéndosele á poco el coronel Barradas, con lo que la fuerza sitiadora ascendió á más de mil hombres de todas armas. Aguirre intimó rendición, pero se le contestó con altivez, y en consecuencia aquel valiente y caballeroso militar dió principio al asedio, dividiendo sus tropas en varias secciones que ocuparon las islas formadas en los pantanos que ceñían al fuerte á manera de anchos y profundos fosos. El jefe de la guarnición independiente era el coronel don Antonio López de Lara, quien tenía por auxiliares á dos capitanes extranjeros de la antigua división de Mina, llamados Christie y Devers.

Los miembros de la junta resolvieron salir de Jaujilla, tanto por conservar expedita su comunicación con los jefes que obedecían sus órdenes, como por evitar al movimiento insurreccional el peligro de la anarquía, en el caso de que con la toma de la posición desapareciese el único poder que le servía de dirección y aliento. En consecuencia de este acuerdo, y ocho días después de la

<sup>1</sup> Capítulo I, lib. III, hacia el principio.

<sup>2</sup> BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo IV, págs. 234 á 276.

aparición de Aguirre, los vocales Cumplido y San Martín salieron juntos del fuerte llevando consigo la imprenta, y atravesando en una canoa por entre las plantas acuáticas que cubrían la laguna, llegaron á favor de las sombras de la noche al pueblo de Tarégero. Ayala salió de la misma manera pocos días más tarde con el archivo, que logró poner en salvo, pero no fué á unirse con sus compañeros y dió su dimisión. Nombrado en su lugar don Pedro Villaseñor, éste con San Martín, Cumplido y los secretarios marcharon hacia el sur de la provincia (Michoacán) y establecieron la junta en la *ranchería* de Zárate, comprendida en el partido de Turicato.

Dejando para el capítulo siguiente la relación del sitio que puso Aguirre alrededor de Jaujilla y la de los nuevos trabajos que hubieron de sufrir los miembros de la junta gubernativa, tócanos dar lugar á un suceso político de grande importancia ocurrido en Guadalajara á mediados de 1817. El 19 de mayo de aquel año el mariscal de campo don José de la Cruz, comandante general de Nueva Galicia, partió para Zamora, lugar situado fuera de la jurisdicción de la Audiencia, sin dar aviso á ésta. Reuniéronse los oidores al saber la salida de Cruz y acordaron preguntar al coronel más antiguo que había en Guadalajara, que lo era don José Villaba, si aquél le dejó encargado del gobierno y presidencia, y contestando que solamente del mando militar, resolvieron nombrar al mismo Villaba gobernador político, y así lo hicieron, comunicándolo al nuevo funcionario, al cabildo eclesiástico, ayuntamiento y demás corporaciones. Luego que supo Cruz esta determinación se irritó sobremanera: volvió precipitadamente á Guadalajara, puso la guarnición sobre las armas, mandó salir desterrados á dos oidores y arrestó á otros dos.

La Audiencia se quejó al rey de los procedimientos de Cruz, y en la exposición que con ese motivo elevó el 30 de mayo enumeró los desaciertos y maldades cometidos por aquel arbitrario militar durante su gobierno. «Entró don José de la Cruz en Guadalajara, decían los oidores al monarca, después que don Félix María Calleja la hubo recobrado, y por los informes de vuestros ministros Sousa y Andrade, testigos pasivos de su ardimiento y calor, á sus primeros pasos, luego que interinamente quedó solo con el mando, obró cual otro Murat el año de 1808 en Madrid, brotando fuego en sus providencias, no respetando á las autoridades constituidas, no queriendo lo fuese otra que la suya sola, é independiente para que todos le temiesen, ninguno le amase, y cada cual lo caracterizara por el mérito de las ocurrencias inconsideradas, en un país afligido por su revolución, y tratado, en cambio, más fuertemente por *el terror, la amenaza, la amargura y el insulto*. Así publicaba sus bandos de acrimonia, ajaba al habitante pacífico, *apaleaba al pobre que por desgracia pedía justicia ó pretendía manifestársela*; daba leyes en todo género de casos, alteraba los recursos, y gobernando á su voluntad, por ella todo

se hacía. Ninguno tenía virtud para siquiera ilustrarlo, porque él juzgó que aquel sistema libre y despótico era el que convenía; estilo demasiado bajo é impropio de la dignidad que representa, sin respetar, por lo tanto, los fueros y derechos de los tribunales, ni el que se debía al primero del reino, que representando á V. M. por su creación y establecimiento ha sido su juguete; befando, riéndose é inspirando en todos y á todos desprecio á sus acuerdos y resoluciones, por más meditadas y juiciosas que fuesen; pues por la suya no debía regir otra ley que la marcial y del momento, sin figura de juicio ni otra audiencia que la *del cadalso, suplicio y pase de las armas*, como lo verificó en el pueblo de Mexquitán al impulso de una simple queja, aterrorizando á los lugares y trayéndolos por el temor, y nunca por el amor, de que V. M. *ha dado tantos testimonios* en las crudas guerras de la península y dos Américas, para conquistar sus corazones, que es lo que más importa en estos acontecimientos de ignorancia y extravío.»

Luego decían que los atropellos y actos tiránicos de Cruz forzaron á tomar las armas á los pueblos riberaños de la laguna de Chapala y á sostenerse durante cuatro años en la isla fortificada de Mexcala, sin que las disposiciones de aquel general fuesen bastantes á reducirlos, hasta que ellos mismos se rindieron faltos de auxilio y protección de parte de las tropas independientes. Acusábanle de colusión con el obispo Ruiz de Cabañas y cabildo eclesiástico para despojar á los curas de muchos beneficios que legítimamente les correspondían, y de haber formado un ayuntamiento de individuos con quienes compartía las pingües ganancias que le producía el clandestino comercio que hacían con Panamá por el puerto de San Blas. «Los regidores don Domingo Ibarra, don Ramón Murcia, don Juan Fontecha y su compañero don Vicente Partearroyo, decía la exposición, son unos mercaderes ó tenderos, que el que más apenas podía existir regularmente antes de la rebelión, y hoy abundan en riquezas por la protección de vuestro gobernador y comandante general, á la sombra del comercio sostenido por San Blas con Panamá y las colonias inglesas, contra las reclamaciones de los consulados de Veracruz y México y las terminantes órdenes de vuestro ex-virey don Félix María Calleja. Estos son los que forman su tertulia diaria y únicos que merecen su aprecio, distinción y confianza; y no hay la menor duda en que los muchos millones de pesos que por el referido puerto han pasado á manos de los colonos ingleses, han enriquecido á algunos, han perjudicado notablemente á la península y á la Nueva España, y han empobrecido á la Nueva Galicia en beneficio de la protección dispensada á sus amigos.» Citaban en seguida los oidores varios hechos de Cruz para demostrar sus concusiones y atroces crueldades, y terminaban lamentándose amargamente por la prisión de algunos de sus colegas y pidiendo por ello amparo y justicia al soberano.

El comandante general de Nueva Galicia quiso extremar las cosas hasta el grado de exigir á los oidores que suscribiesen un oficio, por él mismo dictado, en que le daban una humillante satisfacción por todo lo ocurrido. Negáronse resueltamente aquéllos á tamaña pretensión, y en este conflicto, Cruz hizo que el oidor Recacho (que se hallaba de regreso de España en San Luis Potosí) pasase prontamente á Guadalajara á fin de que con su intervención se diese punto á aquellas enojosas diferencias. Según afirma el historiador Bustamante, este negocio se sometió en España á una comisión formada de tres ministros del Consejo de Guerra y otros tantos del de Indias, y ésta consultó, teniendo en cuenta los servicios y merecimientos de Cruz «y que ni por éste ni por la Audiencia hubo intención menos recta,» que se desaprobaran los procedimientos de uno y otra, y se les recomendase la armonía que debía ligar á las autoridades superiores. El mismo autor añade que esta resolución fué pronunciada el 28 de julio de 1818, y que el obispo de Guadalajara, don Juan Ruiz de Cabañas, envió á España catorce mil pesos, cuya suma influyó decisivamente en la terminación adoptada por el corrompido gobierno de Fernando <sup>1</sup>.

Sin dar á esta última afirmación de Bustamante más valor que el concedido á las que sólo descansan en la autoridad de quien las vierte, ello es que la exposición dirigida al monarca español por la audiencia de Guadalajara presenta en su verdadera faz á hombres como don José de la Cruz, que fueron terribles é insoportables déspotas en varias partes de Nueva España durante la guerra de independencia. El sanguinario y feroz opresor de Nueva Galicia se ofrece tal como fué en la exposición de los oidores, quienes en documento tan solemne debieron estampar lo que pudieran testificar los habitantes todos de Guadalajara y de aquella vasta provincia. Curiosas son las revelaciones contenidas también en la representación y que se refieren á los motivos de la estrecha unión de Cruz con el fogoso obispo Ruiz Cabañas, acérrimo enemigo del movimiento insurreccional desde sus comienzos y que nunca interpuso ni los respetos de su alta investidura eclesiástica, ni los títulos de su amistad ante aquel gobernante para moderar sus iras y defender á los innumerables infelices, víctimas de su humor sanguinoso. ¡Olvído lamentable de los principios fundamentales del cristianismo y que tan frecuente fué en aquella época aciaga, precisamente entre los que más obligados estaban á ejercitarlos!

Ya en los postreros meses de 1817, la vasta zona que se extiende desde la Huasteca hasta los Llanos de

Apam fué ensangrentada de nuevo por Llorente y Concha, comandantes realistas que parecían emular en saña implacable contra los insurgentes, no respetando ni edad ni sexo en sus asoladoras correrías. La venida de Mina excitó en aquellos pueblos el deseo de volver á empuñar las armas, y el primero de los jefes que acabamos de nombrar, auxiliado por el teniente coronel Arteaga, que mandaba en la sierra de Tesiutlán, atacó á los independientes que de nuevo se alzaron, los persiguió con incansable constancia y en Palo Blanco, punto en que aquéllos intentaron resistir, los destruyó por completo, fusilando, sin excepción ninguna, á todos los prisioneros que allí pudo tomar. Como resultado de estos reveses, varios comandantes de las cercanías de Papantla, en la provincia de Veracruz, depusieron las armas y se presentaron á las autoridades realistas con protestas de sumisión más ó menos fingida, «las cuales, añade Alamán, hacía publicar el virey en *Gacetas* extraordinarias, pues aunque no fuesen de grande importancia, quería distraer la atención de los sucesos de Mina, que tanta impresión habían hecho en el público.»

Más reñidos fueron los encuentros que sostuvo Concha en los Llanos de Apam con las partidas que allí aparecieron capitaneadas por Avila, antiguo subalterno de Osorno, y el cual empezó persiguiendo á éste, á Espinosa y á Manilla, que se habían indultado algunos meses antes, como ya se ha dicho, yendo á vivir en Zacatlán y otras poblaciones de aquel rumbo. Moviése Concha rápidamente, y durante los meses de agosto y setiembre de 1817 logró dar alcance varias veces á la caballería de Avila, haciéndole muchos prisioneros, que eran inmediatamente pasados por las armas. Dos de los soldados de Avila dieron muerte á su jefe en la espesura de un bosque, y como mérito para obtener el indulto presentaron el cadáver en el pueblo de Chignahuapam, con lo cual volvió á quedar tranquila la vasta y belicosa comarca de los Llanos. Pero no sucedió lo mismo en las inmediaciones de la capital del vireinato, recorridas por las guerrillas de Vargas, Inclán, González y Pedro *el Negro*, quienes se refugiaban en las asperezas de la sierra de Ajusco cuando era demasiado activa la persecución que les hacían las tropas del rey. Aquel teniente coronel Casasola, de quien hemos consignado hechos atroces, y entre ellos la infame matanza de gran parte de los habitantes pacíficos de Alfajayucan reunidos un día de mercado en la plaza de aquel pueblo <sup>1</sup>, fué enviado á perseguir todas aquellas partidas, y durante los meses de noviembre y diciembre de 1817 asoló las *rancherías* de Ajusco cometiendo las más horribles crueldades. Por fin, en los primeros días de 1818, logró aprehender á Pedro *el Negro*, á quien fusiló inmediatamente. En el parte que dirigió al virey comunicándole este triunfo decía que ese guerrillero había confesado que dió muerte á más de seiscientas personas; exageración grande, y que Casasola

<sup>1</sup> BUSTAMANTE.—*Cuadro histórico*, tomo V, págs. 65 á 73, donde se halla la larga exposición de la Audiencia de Guadalajara.—Alamán dedica unas cuantas líneas á este ruidoso incidente, (*Historia de México*, tomo IV, págs. 636 y 637), llama *virulenta* á la exposición y pasa como sobre ascuas en esta parte de su obra, tanto por tratarse de su héroe de predilección, el odioso y sanguinario don José de la Cruz, como por las preciosas revelaciones contenidas en la exposición de la Audiencia de Guadalajara.

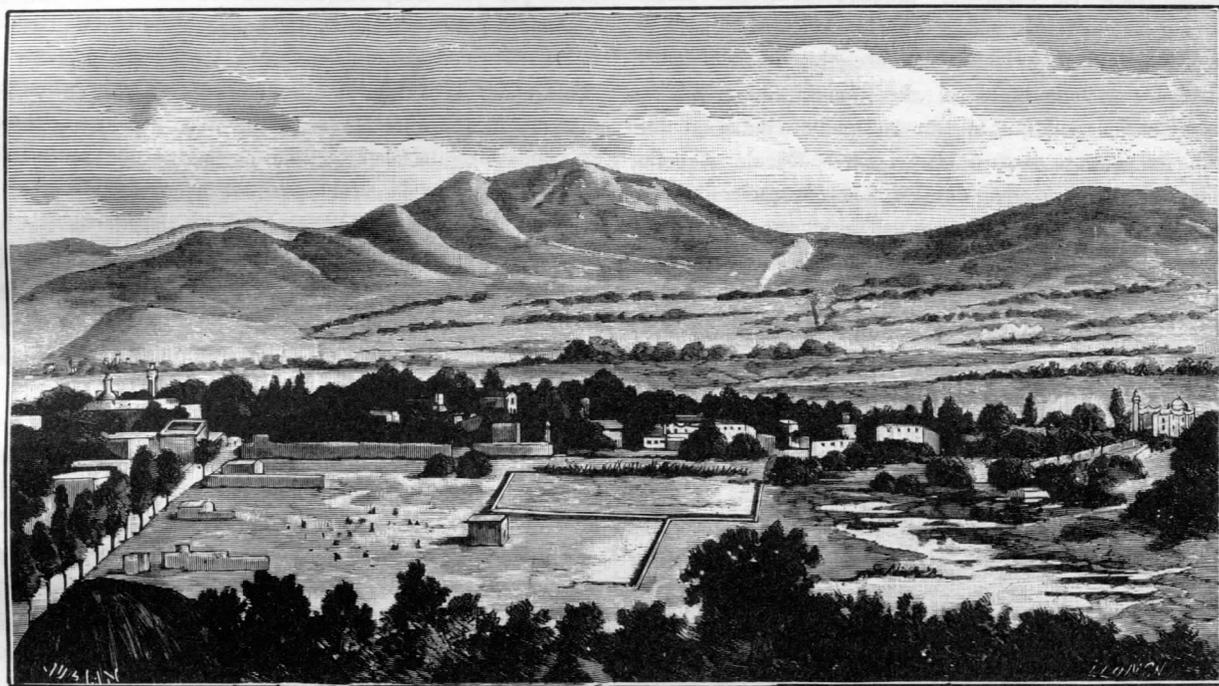
<sup>1</sup> Capítulo III, lib. II, pág. 307.

aventuraba sin temor de ser desmentido por aquel á quien había ya arrancado la vida. Alamán, sin embargo, admite como una verdad irrefutable la afirmación del odioso jefe realista, y llama á Pedro el Negro *monstruo de crueldad*, pero es preciso no olvidar que ese historiador, al referir la execrable matanza de ciento cincuenta vecinos pacíficos de Alfajayucan, ordenada por el mismo Casasola en marzo de 1812, se limita á decir que fué un hecho *poco noble*<sup>1</sup>.

En el capítulo anterior nos vimos obligados á interrumpir la relación del sitio del fuerte de los Remedios para seguir á Mina hasta el término de sus campañas y

su vida; pero es ya tiempo de que atendamos á este episodio de la guerra, que se desarrolla precisamente en los postreros meses de 1817.

Después de la atrevida sorpresa llevada á cabo por los capitanes Crocker y Ramsey contra la batería situada en la altura del Tigre, los sitiadores continuaron dirigiendo vivísimo fuego de cañón al fuerte de los Remedios<sup>1</sup>, y cruzaron con empeño sus disparos contra la cortina entre el baluarte de Santa Rosalía y el que los sitiados llamaban reducto de la Libertad. Hemos visto que el día de la ejecución de Mina (11 de noviembre) los fuegos se suspendieron como si para ello se hubiesen



Vista del cerro de Ajusco

convenido sitiadores y sitiados, atentos solamente al acto imponente que se efectuó en el cerro del Bellaco. Pasado aquél, el cañoneo prosiguió con tanta fuerza que cuatro días después, el 15 de noviembre, la brecha abierta entre Santa Rosalía y la Libertad permitía paso á las columnas que marchasen al asalto. Liñán dispuso que éste se efectuase al día siguiente, y en consecuencia ordenó que una columna mandada por el teniente coronel del batallón de Navarra don Tomás Peñaranda y compuesta de los granaderos y cazadores de Zaragoza, 1.º Americano, Corona, Fernando VII y Navarra se dirigiese á la brecha, apoyando su movimiento otras dos dirigidas por los tenientes coroneles don Anastasio Bustamante y don José María Novoa.

A las cuatro de la tarde del día 16 se movieron las columnas realistas, fuertes de novecientos hombres; al mismo tiempo otros destacamentos se dirigieron hacia varios puntos de las fortificaciones con el aparente

intento de embestirlos, pero luego se echó de ver por los sitiados que el ataque principal se dirigía á la brecha y en ella aglomeraron sus mejores medios de defensa, agolpándose en esa parte del perímetro no pocas mujeres y muchos muchachos, ansiosos de compartir con sus esposos y padres los peligros del asalto. Los realistas avanzaron con denuedo, aunque recibidos por un fuego continuo de cañón y de fusilería, y por una lluvia de piedras arrojadas por las mujeres y los niños que se presentaban sobre la muralla con la misma intrepidez que los hombres. La columna principal se mantuvo, sin embargo, en formación é hizo alto á tiro de pistola; algunos oficiales y soldados de los más animosos corrieron entonces á la brecha, pero todos quedaron muertos sobre los escombros; muerto cayó también el teniente coronel Peñaranda, y la columna comenzó á cejar, huyendo luego en espantoso desorden. Los sitiados salieron por la brecha y persiguieron vigorosamente al enemigo. La pérdida

<sup>1</sup> Véase la *Historia de México* de ese autor, tomo III, pág. 156.

<sup>1</sup> Véase capítulo anterior.

de éste entre muertos, heridos y contusos consistió en cuarenta y nueve oficiales y trescientos setenta y un soldados, baja muy considerable si se atiende al número de hombres que marcharon al asalto: los heridos fueron llevados á Irapuato para ser mejor asistidos allí. «El general en jefe, dice Alamán, al dar cuenta al virey de ese desastre, le dice hallarse imposibilitado de emprender nuevos ataques contra el fuerte mientras no se le enviase más fuerza, algunas piezas de artillería de á doce y municiones, pues de todo carecía, escaseando también de recursos pecuniarios, pues no recibía los fondos que debían remitírsele de Querétaro, San Luis, Guanajuato y Guadalajara. El virey lo proveyó de todo: mandó marchar al sitio el 2.º batallón de Zaragoza, que salió de México conduciendo ciento ochenta cargas de municiones, quedando en Querétaro el de Zamora, cuyo comandante Bracho recibió el mando de aquella ciudad y distrito, del que se separó el brigadier García Rebollo, anciano octogenario que durante toda la guerra prestó los servicios más importantes al gobierno. Al mismo

Facsimile de la firma del mariscal de campo don Pascual de Liñán

tiempo previno el virey á Liñán que no aventurase nuevo ataque hasta haber destruído las obras del enemigo y abierto una brecha capaz de que pudiese entrar por ella un número de tropa suficiente á superar los obstáculos que opusiesen los enemigos.»

Después del desastre que acabamos de referir, los sitiadores se redujeron á cañonear los reductos del fuerte desde las baterías establecidas sobre el Bellaco y en las cimas de las colinas del Sur. Liñán dedicó toda su atención á la mina que había empezado á abrir, debajo del punto de Tepeyac; y en el resto del mes de noviembre avanzaron considerablemente las obras, y los fuegos de la artillería realista destruyeron casi todas las oficinas y habitaciones, no permitiendo á los sitiados estar con seguridad en ninguna parte.

No cambió notablemente la situación durante casi todo el mes de diciembre; pero ya desde mediados del mismo las municiones del fuerte comenzaron á escasear de una manera alarmante. Tenían los independientes una fábrica de pólvora, pero con tan pobres útiles servida, que la cantidad de grano que se elaboraba en ella durante un día apenas bastaba para el consumo de la mañana siguiente. Antes de que el coronel don Matías Martín de Aguirre se presentase ante las fortificaciones de Jaujilla, los defensores de éstas enviaban á sus compañeros de los Remedios considerables cantidades de pólvora, pero asediado á su vez aquel lugar y estable-

cida por Liñán la más estricta vigilancia en su línea de circunvalación, la penuria de municiones llegó á ser completa é inspiró á los sitiados un atrevido intento. En la noche del 28 de diciembre salieron los capitanes Crocker y Ramsey, y el guerrillero Cruz Arroyo al frente de trescientos hombres y asaltaron el campamento del Tigre; una tras otra se apoderaron de dos baterías, y cogieron en ellas algunas municiones, pero los realistas lograron rechazarlos en la tercera batería obligándolos á retirarse con pérdida de veintisiete hombres muertos y algunos heridos.

Frustrado éste último y desesperado intento, decidióse por los independientes la evacuación del fuerte, fijándose para efectuarla la noche del 1.º de enero de 1818. Dos puntos eran, entre todos, los más favorables para la salida de la numerosa guarnición y del más crecido séquito de mujeres, niños y personas inermes que abrigaba el fortificado perímetro de los Remedios, la Cueva y Panzacola; por el primero sería preciso bajar á la llanura exponiéndose á encontrar la fuerza principal del enemigo, con la cual era imposible luchar por la falta absoluta de municiones; por Panzacola, los destacamentos realistas se presentaban en corto número, pero en cambio la aspereza del terreno hacia ese lado no permitiría conservar orden ninguno en la formación, aparte de que las alturas que se hallan al otro lado del barranco estaban fortificadas por los sitiadores. No obstante estas dificultades, eligióse para la salida el lado de Panzacola, y el coronel Noboa ordenó desde la noche del 31 de diciembre, que no se corriese la voz por los centinelas para no llamar la atención del enemigo á la hora de la salida, pero esta omisión hizo conocer á los sitiadores que algo importante se intentaba en el interior, y en consecuencia, redoblaron su atención vigilante.

A la hora señalada, en la noche del 1.º de enero (1818), toda la guarnición, los paisanos, las mujeres y los niños, se reunieron en Panzacola. «La lastimosa escena que precedió, dice Robinson en sus *Memorias*, fué más cruel que la del fuerte del Sombrero. Era necesario dejar allí á los heridos por la imposibilidad de transportarlos; la certeza de la suerte que les aguardaba en manos de un enemigo implacable y el recuerdo de lo que en circunstancias semejantes había sucedido en el Sombrero, llenaron de horror y amargura á los que se iban y á los que quedaban.»

Lista la guarnición para la marcha, movióse la vanguardia en la que iba el padre Torres, y comenzó á bajar el barranco entre nueve y diez de la noche; siguióle el resto de las tropas, pero eran tales las dificultades de aquella áspera senda que la mitad de la columna no acababa de salir del recinto fortificado, cuando ya la vanguardia, descubierta por los primeros destacamentos realistas, sostenía contra ellos vigoroso tiroteo pugnando por abrirse paso. El estruendo de este

combate dió la alarma en toda la línea, y á pocos instantes se encendieron en cada campamento grandes fogatas que iluminaron los barrancos y descubrieron el camino que seguían los independientes: al mismo tiempo partieron rápidamente algunos batallones de los puntos del Bellaco y del Tigre, y entraron en los baluartes abandonados de Tepeyac y Santa Rosalía; en seguida avanzaron contra la retaguardia de la columna, que aun se hallaba dentro del recinto, por el lado de Panzacola. Entonces la confusión y el desorden en la masa de los independientes fueron espantosos: empujados por las bayonetas de los cuerpos que venían persiguiéndoles, se agolpaban en el estrecho sendero y caían unos sobre otros á los profundos precipicios, donde hallaban la muerte ó quedaban horriblemente maltratados. Los lamentos de los moribundos y de los heridos se mezclaban con los gritos de espanto de las mujeres y los niños, y aquella siniestra vocería, junta con el fragor de las descargas, repercutía lúgubrememente en las hondas quebradas de San Gregorio. De repente se alzó vivísimo resplandor en la meseta donde se hallaban las barracas construídas por los independientes: los destacamentos realistas que entraron los primeros en el fuerte las habían incendiado, y el fuego cundió rápidamente propagándose al departamento ocupado por los heridos; algunos de estos infelices intentaron huir de las llamas, pero eran recibidos á bayonetazos por los vencedores; los demás perecieron quemados, y sus gritos desgarradores aumentaban el horror de aquella noche espantable.

Liñán reforzó con gran presteza el punto de su línea, que intentaban romper los sitiados, enviando allí una sección de trescientos hombres de Zaragoza y la Corona; entonces los fugitivos torcieron á la izquierda desfilando frente al campamento de las tropas de Nueva Galicia, pero el jefe de éstas, don Pedro Celestino Negrete, cargó sobre ellos obligándolos á volver atrás y á dispersarse entre las quiebras y peñascos de los barrancos. Durante esta refriega lograron escaparse unos cuantos, contándose entre ellos el padre Torres. La luz del nuevo día guió á los realistas por las hondonadas y despeñaderos, donde se refugiaron los que salieron con vida la noche anterior, y descubiertos, «se hizo en todos tremenda carnicería,» dice el historiador Alamán. Allí recibieron la muerte el valiente guerrillero Cruz Arroyo, el capitán Crocker y el doctor Hennessey, que habían venido con Mina, y don Manuel Muñiz, antiguo insurgente á quien hemos visto indultarse al principio de ese año y luego empuñar de nuevo las armas en pro de la independencia. También fué aprehendido y fusilado el coronel don Diego Noboa, que había sido el director de las obras defensivas de los Remedios, el cual, según el historiador Robinson, mostró grande entereza en sus postreros instantes, y murió gritando: *¡viva la república!* La caballería, á las órdenes de don Anastasio Bustamante,

quien siempre se distinguía en esta tarea, y de don Miguel Béistegui, recorrió las llanuras circunvecinas, y ocupó los caminos de Pénjamo y de Casas Blancas, alcanzando á los fugitivos que pudo alcanzar y que escaparon de las matanzas ejecutadas por la infantería en los despeñaderos del cerro de San Gregorio. Las mujeres pertenecientes á las familias de algunos jefes fueron trasladadas á varias poblaciones, bajo la vigilancia de las autoridades realistas, y las de clase inferior, después de rapadas á navaja, quedaron en libertad <sup>1</sup>.

Así terminó el asedio del cerro de San Gregorio y fortificación de los Remedios, que duró cuatro meses, y cuya resistencia obstinada y vigorosa contra la disciplinada y fuerte división de Liñán fué honrosísima para las armas de la independencia. Los vencedores hallaron muchas piezas de artillería, algunos víveres y poquísimas municiones, justificando esto último la determinación de los jefes allí reunidos para romper el sitio, evitando el duro extremo de no poder rechazar cualquiera otro asalto que hubiesen intentado las tropas del rey. Terrible fué la venganza del gobierno vireinal, y tanto en el allanamiento del fuerte como en la entrada que hicieron en el del Sombrero cuatro meses antes, los actos de salvaje ferocidad en ambos puntos ejecutados, reprodujeron las crueldades de Calleja, Cruz, Flon, Porlier, Castillo y Bustamante, y tantos otros que han legado sus nombres á la posteridad acompañados de siniestra y sanguinosa fama. Y sin embargo, ni Apodaca ni Liñán eran crueles é inhumanos; pero el primero se veía estrechado por las órdenes que incesantemente recibía del gobierno absoluto y despótico de Fernando VII, instándole á ejercer el más extremado rigor contra los sostenedores de la revolución; y el segundo hubo de contemporizar con los instintos feroces de casi todos los comandantes puestos bajo su mando, y que se habían educado en una guerra sin cuartel, creyendo lícita toda violación de los fueros conservadores de la sociedad, siempre que de los independientes se tratase. Este rigor producía resultados inmediatos, al parecer favorables al restablecimiento de la dominación española en México, pero en realidad ahondaba más y más el ya profundo abismo que separaba á las dos naciones, y obligaba á los muchos patriotas que aun quedaban á no soltar las armas de la mano mientras las selvas y montañas de la

<sup>1</sup> Véase en lo relativo á la salida de los independientes del fuerte de los Remedios las *Memorias* de Robinson, págs. 246 á 250, é *Historia de México*, por Alamán, (tomo IV, págs. 632 á 634). Este último historiador refiere sin comentario ninguno las atrocidades que ejecutaron entonces los realistas.

Robinson dice lo siguiente al referir la prisión de las mujeres que había en el fuerte de los Remedios: «También cayeron prisioneras muchas mujeres, y no nos es dado manchar nuestras páginas con los pormenores del trato que recibieron... Las que pertenecían á las familias de los jefes patriotas fueron enviadas á las ciudades ocupadas por las tropas realistas. Tal fué la suerte de dos hermanas del padre Torres, una de las cuales era una joven interesantísima y amable, y de todas las señoras de la familia de don Miguel Borja. Las mujeres de clase inferior fueron rapadas á navaja y puestas en libertad.» (*Memorias*, págs. 249 y 250).

anchurosa Nueva España los auxiliasen en su generosa y noble empresa.

Vencido el fuerte de los Remedios, exterminados casi todos sus defensores y demolidos los reductos que afrontaron durante cuatro meses el fuego de los cañones de Liñán, éste volvió á la capital, donde á poco recibió en premio la gran cruz de la orden de Isabel la Católica, que le fué enviada por el soberano. Don Anastasio Bustamante fué promovido á coronel y don Miguel Béistegui á teniente coronel. Don Pedro Celestino Negrere fué recomendado al rey para el ascenso á mariscal de campo; á todos los individuos del ejército se les concedió el uso de un escudo conmemorativo, con lemas alusivos á la toma de los dos fuertes del Sombrero y los Remedios, y en medio de aquella profusión de grados, condecoraciones y distintivos, tocó á Orrantia la cruz de San Fernando.

Los cuerpos que formaron la división de Liñán, fueron distribuidos en diversas provincias <sup>1</sup>, y según un historiador de mezquino y sistemático criterio, y para

<sup>1</sup> Véase Alamán, *Historia de México*, tomo IV, pág. 635, de quien hemos tomado la distribución de las tropas realistas que formaron la división de Liñán. Según dice este autor en la frase que hemos subrayado, la consumación de la independencia de Mé-

quien ningún principio ni idea impulsaban á los defensores de la independencia, á no ser el instinto del robo y del saqueo, este reparto imprevisto de tropas *causó poco más adelante nada menos que la pérdida de México para el gobierno español*. El regimiento de Zamora fué enviado á Guanajuato, el de Navarra á Zacatecas, el primer batallón de Zaragoza marchó á San Luis, quedando en Querétaro el segundo de ese regimiento, y en Guanajuato, junto con el regimiento de Zamora, quedó el batallón de Fernando VII. La caballería fué repartida entre el *Bajío* y Sierra Gorda, destinando en la primera de estas comarcas al ya coronel don Anastasio Bustamante, y en la segunda á los jefes Villaseñor y don José María Novoa. Confióse por el gobierno vireinal el mando de la provincia de Guanajuato á don Antonio Linares, en premio de la defensa que hizo de la ciudad de ese nombre cuando fué atacada por Mina; el brigadier Loaces fué nombrado para gobernar la de Querétaro, y por haberse retirado á México por enfermedad, lo sustituyó interinamente el teniente coronel don Francisco Guizarnótegui.

xico en 1821, *debióse solamente* á las grandes distancias en que quedaron situados, unos respecto de otros, los cuerpos de tropas realistas.